

Riguepeu, llamado José Meilhan. Detenido este, negó con la mayor seguridad que tuviera parte en el crimen y hasta la culpabilidad de la misma madama Lacoste. «¿Por qué no viene aquí? decía; ella sabe bien que no tiene nada que temer, ni yo tampoco.»

Hecha la informacion por la sala del consejo del tribunal de primera instancia de Auch, la audiencia real de Agen por providencia de 2 de junio de 1844, mandó comparecer á Mad. Lacoste y á Meilhan ante el tribunal de justicia del departamento de Gers.

Mientras duraba la instruccion, Mad. Lacoste habia hecho saber, por sus amigos ó por sus consejeros que se presentaria en el último momento; en efecto, el 4 de julio, compareció en la cárcel de Auch.

Parecia que su salud estaba muy deteriorada; se veia que se habia cortado el pelo á la Ninon, lo cual permitia creer que se habia escapado de las pesquisas de la justicia, disfrazándose; pero manifestó una calma y una presencia de espíritu que no se hermanaban fácilmente con la idea del crimen; sin desmayarse ni mostrar debilidad, sufrió un interrogatorio de tres horas.

El 10 de julio compareció ante el tribunal de Gers, presidido por M. Donnoderie, consejero del tribunal real de Agen.

Desde las cinco de la mañana, la ciudad de Auch, de ordinario tan tranquila, estaba en movimiento. Hacia muchos dias que desde las fondas de primera clase, hasta las posadas mas miserables, estaban atestadas de viajeros. París habia enviado allí una diputacion de curiosos y de periodistas; los enfermos habian desertado de los baños y aguas minerales de los Pirineos, para asistir al último acto del drama de Riguepeu. Muchos habitantes de las campiñas, á quienes se les daba poco de Mad. Lacoste, acudian, sin embargo, á la ciudad por ver las solemnidades desconocidas para ellos, de una causa criminal, y para contemplar á los *estenógrafos* y á los *físicos*: asi es como llamaban en el país de Gers á los representantes de la prensa y á los químicos, seres misteriosos á quienes la credulidad atribuia rasgos, trajes y un poder fantásticos.

En los edificios que forman la antigua morada de los poderosos arzobispos de Auch, es en donde está ahora el palacio de justicia (audiencia). Desde las seis y media estaba llena la sala que presentaba un aspecto solemne. El recinto reservado para los testigos, está separado del que ocupa el público, por una bonita verja de hierro, sobre cuya puerta hay un escudo de armas con las de los arzobispos de Auch; los circunstantes no pueden ver lo que pasa sino á través de aquella verja.

El presidente Donnoderie lleva la toga encarnada; está acompañado de los señores Clozac de Maieix y Lauchin, jueces del tribunal de primera instancia. El sillón del ministerio público está ocupado por el procurador del rey, acompañado de M. Dieu-zée, sustituto.

Van á buscar á los acusados; el primero que se presenta es M. Meilhan. Este es un viejecito regordete, de cabello cano y corto, sus ojos son redondos y vivos, cubiertos con unas cejas espesas y todavía

negras; su color rubicundo anuncia una salud vigorosa. Su actitud tranquila y risueña, su mirada y todo el conjunto de su persona dan de él la idea de un buen hombre, alegre y un poco malicioso. Lleva una larga levita azul y corbata negra; su aire es el de un pequeño propietario campesino. Este acusado va acompañado de maese Canteloup, uno de los miembros mas antiguos y mas estimados del foro de Auch.

Mad. Lacoste entra apoyada en el brazo de su defensor, maese Alem-Rousseau, presidente del colegio de abogados de Auch.

Mad. Lacoste va vestida de riguroso luto; su rostro medio tapado bajo un velo negro, no corresponde á los retratos entusiastas que han hecho de él mas adelante los representantes de la prensa judicial. Mad. Lacoste es una mujer pequeña, muy pálida; de ojos y cejas muy negras; aquellos son hermosos como los de casi todas las mujeres del país. Tiene la cara larga y un poco aguda; en suma, á no ser por el traje que lleva con la elegante coquetería natural en las mujeres de los países meridionales, á no ser sobre todo por la aureola romántica que rodea su nombre, podria pasar por una jóven agradable, pero sin dejar de ser una medianía.

Siento mucho, en verdad, despoetizar de este modo el drama que voy refiriendo; pero si los representantes de la prensa, un poco desconcertados de esta vulgaridad, han pintado de comun acuerdo, á su heroína, tal como la aguardaba con impaciencia la curiosidad parisiense, la historia no podia prestarse á esos ardidés inocentes al ponerla en escena.

Los acusados contestan á las preguntas de estilo. El uno declara llamarse José Odilon Meilhan, natural de Vic-Fezensac, de edad de setenta años, maestro de escuela de Riguepeú. La otra declara llamarse Eufemia Vergés, viuda de Lacoste, natural de Mazzerolles (Altos Pirineos) de edad de veinte y seis años. Mad. Lacoste da esta declaracion en voz bastante baja; su timbre es dulce y seguro; su acento gascon de los mas marcados.

En seguida se lee la acusacion.

Este documento, despues de haber recordado las circunstancias de la boda de Enrique Lacoste con Eufemia Vergés y la muerte repentina del marido, que «aunque fuese de una edad avanzada, gozaba al parecer una salud robusta» mostraba el desvelo de la autoridad judicial alarmada por el clamor público, y el resultado de dos visitas ó reconocimientos del cadáver, en el que se hallaron huellas notables de arsénico, que «no dejaban ni aun la posibilidad de dudar que habia habido envenenamiento.»

¿Quién era el autor de este? En un principio la instruccion sumaria habia señalado como tal á Eufemia Vergés, que casada con un anciano «se rebajaba hasta el punto de desempeñar con él las funciones *mas abyectas*; que trabajaba en la casa como una criada, y por su *complacencia servil*, halagaba de este modo á un mismo tiempo el amor propio y la avaricia de su anciano esposo.

»Los asíduos cuidados de Eufemia Vergés fueron recompensados bien pronto por Enrique Lacoste, que en 1.º de julio de 1841 hizo un testamento holografo,